

---

## UN CASO DE TARANTISMO EN MAHORA

Por José M. ALMENDROS TOLEDO

En la popular zarzuela de Jerónimo Giménez y Julián Romea que lleva por nombre "La tempranica", estrenada el año 1900, en el zapateado n.º 2, uno de sus personajes se lamenta de la dolencia que le aflige y cuya sintomatología él atribuye a una cruel dolencia.

"...zerá que a mí me ha picao  
la tarántula dañina  
y estoy toico enfermao  
por su sangre tan endina.  
Ze coman los mengues,  
mardita la araña  
que tié en la barriga  
pintá una guitarra.  
Bailando ze cura  
tan jondo doló..."

Queja cuyo origen es preciso aclarar, puesto que, desde siempre, a la pica-dura de este robusto y velludo arácnido, la tradición popular la ha considerado como muy peligrosa y supuesto toda suerte de nocivas consecuencias para la salud. Se tenía por cierto, que la personalidad de cualquier individuo inoculado por la tarántula, por muy tranquilo y pacífico que pudiera ser su carácter en circunstancias normales, sufría toda suerte de transformaciones que le convertían en persona insensata, demente y bulliciosa. Eran diversos los síntomas que la creencia popular —y la de no pocos médicos— atribuían a los efectos del veneno, pero sobresalía entre todos como los más frecuentes y visibles, la frenética manía del enfermo a dejarse arrastrar por la danza cuando era excitado por determinados acordes musicales. Andrés Laguna, al hacer su comentario sobre la obra médica de P. Dioscórides, define las diversas reacciones de los tarantulados de la siguiente manera: "*Porque unos cantan, otros ríen, otros lloran, otros saltan, otros duermen, otros sudan, otros tiemblan y, finalmente, otros hacen cosas extrañas. Empero a todos los accidentes tan discrepantes es un remedio común la música: la qual mientras dura, cada uno torna en sí mismo, y parece no tener mal ninguno, y cessando la voz, o los instrumentos, vuelve a su primer locura...*" (1).

La experiencia popular había aprovechado este poder de estimulación que provocaba la música en los tarantulados utilizándolo como un eficaz contraveneno, ya que les incitaba a bailar, y era general la creencia que la intensa

---

(1) (P. Dioscórides) A. Laguna, *Materia medicinal*. Salamanca 1570, Lib. II, Cap. 56.

sudoración que les producía a los danzantes, debida al esfuerzo físico y a la excitación, les ayudaba a expulsar y neutralizar los efectos de la ponzoñosa picadura.

La medicina del siglo XVIII se planteó muy particularmente el estudio de las manifestaciones clínicas de este curioso fenómeno, así como sus posibles remedios. Algunos médicos de la época como Don Francisco Xavier Cid y Gerogi Baglivi —entre otros—, fueron esforzados investigadores de los efectos de la picadura de la tarántula y sostenían ardientemente la eficacia del ritual mágico-musical como medicina obligatoria para los casos de tarantismo.

Don Francisco Xavier Cid, socio de la Real Sociedad Vascongada, miembro de la Real Academia Médica Matritense y médico titular del Arzobispado de Toledo y del cabildo de su Catedral, fue un entusiasmado investigador de este singular fenómeno por tierras de la Mancha, pues, según su parecer, tenía mucho de común con los casos que solían darse en La Puglia (Apulia), en Italia. Según Cid, el veneno de la tarántula produce diferentes efectos, dependiendo todo ello del área geográfica, temperatura, clima, constitución del enfermo, etc. y establecía una particular semejanza entre los casos estudiados por diversos autores de la mencionada región meridional italiana y los que habían sido observados en los pueblos manchegos (2).

Pero no todo tipo de cadencias musicales servían para el tratamiento de los tarantulados; sólo determinados acordes parecían excitar al baile a los enfermos, destacándose como el más apropiado y eficaz el popular aire italiano conocido —de ahí su nombre— como tarantela. Únicamente la estructura de determinados ritmos podía confortar a los tarantulados en sus dolencias, mientras que otras, aún siendo semejantes, no les producía los resultados que se pretendían.

A pesar de que eran muchos los médicos del siglo XVIII que dudaban de la eficacia de la danza como técnica medicinal apropiada en los casos de tarantismo, consiguió ponerse de actualidad gracias a la obra del doctor Cid y a la oportunidad que le prestó un caso que se dio en el Hospital General de Madrid durante el verano de 1787 y que, tras muchas dudas y controversias entre los facultativos, terminó siendo tratado mediante musicoterapia con resultados espectaculares.

El caso del Hospital General le interesó de tal modo a la sociedad madrileña de su tiempo, que pronto se convirtió en un espectáculo popular ampliamente comentado y seguido por los vecinos de la villa. Fue tal la resonancia del suceso que, con este motivo, llegó a editarse y ponerse a la venta un fascículo explicando con todo detalle cómo se desarrolló tan “milagrosa” curación (3). Junto a

---

(2) Francisco Xavier Cid, tarantismo observado en España, con que se prueba el de la Pulla, dudado de algunos y tratado de otros de fabuloso y memorias para escribir la Historia del insecto llamado Tarántula, efectos de su veneno en el cuerpo humano y curación por la música con el modo de obrar de ésta y su aplicación como remedio a varias enfermedades. Madrid 1787. Esta obra a la que hacemos referencia volvió a reimprimirse en 1972 en Barcelona por Ediciones Eco.

(3) Relación del tarantado del Hospital General. Madrid 1787.

él, se vendía también un pequeño apéndice que trataba cuestiones tales como la morfología de la tarántula, su vida, sus costumbres y efectos de su veneno (4), consiguiendo ambos popularizarse rápidamente. A las librerías encargadas de la venta y distribución de estos cuadernillos (Herrera, Luna, Arribas y otras) les llovieron infinidad de peticiones de lectores, que de toda la geografía española demandaban su envío por correo —especialmente del primero—, lo que nos da la verdadera medida de la gran curiosidad con que fue acogido el caso, no sólo por el vecindario de la Corte, sino también por el resto del país.

De tal forma se puso en boga el tema, que durante todo el verano y el otoño de ese año, entre el bullicio de las calles madrileñas y en los corrillos de sus plazas, no se oía otra cosa que la última canción de moda llamada "La tarántula", tirana con letra jocosa que se estaba vendiendo con mucha aceptación, al precio de cuatro reales, en las imprentas y comercios del ramo de la capital (5).

La curación del Hospital General de Madrid, perduró durante muchos años en la memoria de la gente.

Doce años más tarde, el hecho volvió a recobrar actualidad gracias a un acontecimiento parejo al que estamos comentando, pero esta vez tendría lugar en nuestras tierras albaceteñas. Sucedió en Mahora, uno de los catorce lugares que componían la jurisdicción de la tierra de señorío que se ha venido en llamar Estado de Jorquera. Los hechos ocurrieron en una soleada tarde de septiembre del año 1798.

Mientras un mozalbete del lugar se ocupaba de la guarda de un melonar, notó la sensación de una aguda picadura en un muslo, por cuya causa se sintió inmediatamente indispuerto y tuvo que ser trasladado a casa a lomos de una cabaillería. En el pueblo le fueron suministrados los habituales remedios acalorantes y alexifármacos sudoríficos, como era costumbre prescribir en este tipo de accidentes. Ni la triaca magna, el mitridato y la piedra bezoar oriental, ni los jarabes de peonía y corteza de cidra, parece que surtieron los efectos deseados. Inmediatamente se pasó al remedio universal por excelencia, practicándosele al doliente muchacho dos sangrías "en vena gruesa y por ancha abertura", como solía ser aconsejable en estos casos. A pesar de todo, ninguno de los dos antídotos tenidos por ortodoxos por la medicina de su tiempo consiguieron restablecer la salud del enfermo.

Conocidos por el médico de la localidad los prodigiosos resultados de la terapia musical que venía empleándose en estos procesos, el recuerdo de la maravillosa curación del tarantulado del Hospital General mediante estímulos musicales, le hicieron finalmente decidirse a usar esta técnica, tan denostada por muchos facultativos, como encomiada por otros.

Inmediatamente fue llamada una persona capaz de pulsar el violín, ya que

---

(4) "Retrato de la Tarántula, macho y hembra, de los ovarios y nido que fabrican. Su historia natural, efectos de su veneno". Madrid 1787.

(5) *Gazeta de Madrid*, martes 21 de agosto de 1787.

también estaba aconsejado que el instrumento musical fuese de cuerda (6). (En la España del siglo XVIII fueron los que se emplearon con mayor asiduidad) (7). El propio doctor Cid recomendaba la conveniencia de utilizar el violín frente a otros porque "produce mas prontos efectos que la vihuela" o la guitarra.

En este punto, y por propio merecimiento, debemos dejarle las riendas de su relato al cronista que, con toda suerte de detalles, dio la noticia en la Gaceta de Madrid aquél primer mes del año que marcaba el final del siglo:

MAHORA, en el Estado de Jorquera, 6 de diciembre.

En este pueblo, uno de los 14 que componen la villa y estado de Jorquera, se repitió el mes de setiembre un suceso igual a la curación que se hizo en el hospital general de Madrid con un mozo picado de la tarántula.

El día 3 que era sumamente ardiente, Juan Jávega, de 11 años, de temperamento flemático, de entindimiento simple y alelado, estando comiendo al mediodía en un melonar que guardaba, sintió en el muslo derecho una picadura aguda: registró la causa y halló una araña, a la que mató: su disposición y figura era casi como las domésticas; pero mucho más fuerte y robusta, de color negro y en todo parecido a una tarántula. De los raros y varios efectos que dicen los autores causa en los mordidos este insecto, pués unos cantan, otros ríen, otros lloran, otros quedan adormecidos, y otros no pueden dormir, sintió este muchacho inmediatamente gran pesadez y entorpecimiento en el muslo y pierna, tanto que fue menester conducirlo a caballo al pueblo, sin embargo de estar poco distante: sintió asimismo frialdad en los extremos, nauseas, movimientos convulsivos, notable deliquio con mucha opresión al pecho, y extraordinaria propensión al sueño, sobreveniéndole algún movimiento de calentura con vómitos biliosos. Reconocida la parte por el médico titular D. Francisco Alabau, no halló otra señal que algunas puntillas que tiraban a color negro. Socorriole prontamente con preservativos de los efectos del veneno, y dos sangrías; pero observando la inutilidad de estos medicamentos, recurrió al remedio de la música, que por mucho tiempo han tenido por fabulosos varios autores. Comenzose a tocar en el violín las folías y otras varias tocatas, cuyo son no acomodaba al enfermo, hasta que oyó el tañido violento de la tarantela; entonces, dando algunos suspiros, empezó a mover pies y manos, y saliendo inmediatamente y con ligereza de su tarima, manifestando alegría en el rostro, rompió a baylar con mucha agilidad, llevando exactamente el compás con pies y manos. Perseveró baylando media hora, hasta que se cansó, y dando un brinco se echó en la cama, donde cubierto con una ligera tela, prorumpió al punto en un sudor copioso, que le duró algunas horas, resultándole notable alivio. Viendo la eficacia del remedio, se continuó tres o quatro días, baylando dos veces al día, observando siempre en el enfermo igual agilidad y sudor, y precediendo los suspiros referidos y movimientos de las

(6) Francisco Xavier Cid. Obra citada.

(7) Marius Schneider *La danza de espadas y la tarantela*. C.S.I.C. Barcelona 1948.

extremidades; con cuyo método quedó perfectamente sano, y pudo volver a su acostumbrado ejercicio. Presenciaron esta curación varias personas literatas, eclesiásticas y seglares con el Médico titular; y queriendo éste, con motivo de tan oportuna ocasión, salir de la duda de varios autores sobre si la tarántula al sonido de la música se mueve de modo que represente bailar también, mandó que traxesen algunas de estas arañas, que son frecuentes en este término, y procediendo al examen a presencia de muchos sujetos, observó que una araña que estaba viva de tres que le presentaron, estando encogida y tenida por muerta, a poco rato que sonó la música, empezó a desplegar sus piernas o falanges, y a menearlas con movimiento rápido, subiendo y bajando su cuerpo, y ladeándose a una y otra parte, hasta que cesando la música, se quedó quieta del todo como antes y replegadas las piernas, a imitación del enfermo, que hizo lo mismo: lo qual produjo un espectáculo rarísimo y agradable, como fue ver bailar a un tiempo al doliente y al insecto, y cesar ambos a un mismo punto.

Madrid 4 de enero de 1799 (8)

Según el doctor Cid, para conseguir la curación del enfermo, es necesario que la sangre fluya por el cuerpo al mismo ritmo que lo hace el veneno que produjo la enfermedad (9).

El resultado feliz del experimento realizado en Mahora, no hubiese pasado de ser uno más de los observados y cuantificados como demostrativo de la eficacia de la terapia musical, pero cualitativamente el hecho introdujo una variable adicional que suponía un adelanto importante en la observación del tarantismo, parece que pudo precisarse con cierta garantía de veracidad que la tarántula y el tarantulado bailaron al mismo son; es decir, se constató con bastante precisión que ambos obedecían a idénticos estímulos.

Al entregarse al mismo ritmo tanto el enfermo como el agente causante de la enfermedad, y una vez que es conocido y dominado por el mago-médico, éste pudo sujetar la malignidad de las fuerzas destructivas que ocasionaron el mal y ponerlas al servicio del enfermo para conseguir su curación (10). En este sentido puede considerarse importante y afortunada la observación hecha en el caso del tarantulado de Mahora.

---

(8) Gaceta de Madrid, viernes 4 de enero de 1799.

(9) Francisco Xavier Cid. Obra citada.

(10) Marius Schneider. Obra citada.

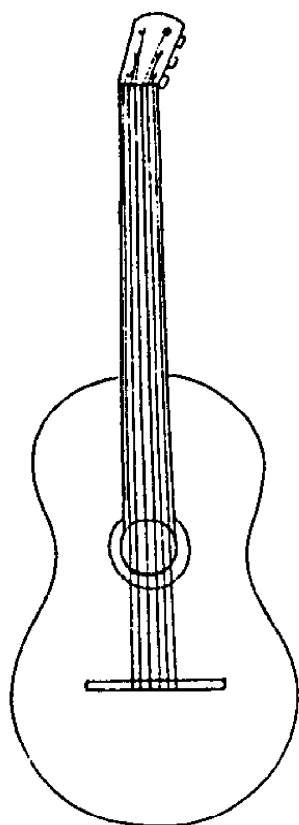


Fig. 61 a

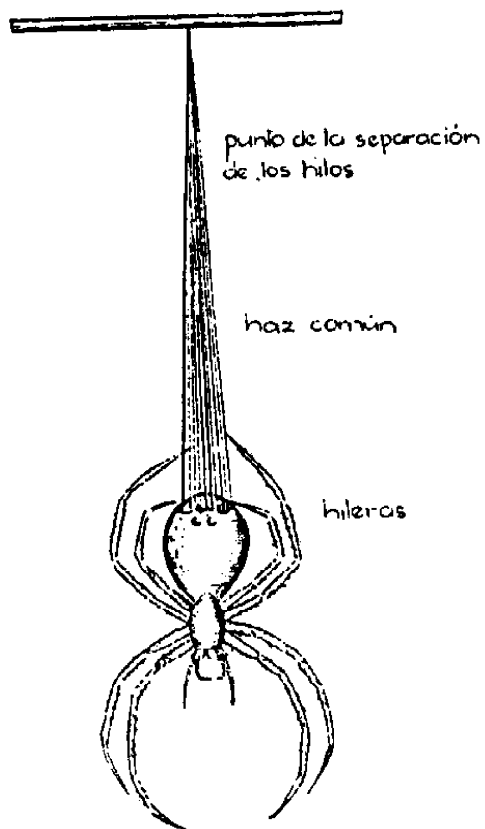


Fig. 61 b

Dibujo esquemático de la tarántula y su correspondencia con la forma de un instrumento musical de cuerda.

Ilustración del libro de P. Franganillo Balboa "Las arañas", Gijón 1917. Está incluida en el libro de M. Schneider.